

Doña Catalina, que, con Víctor, había seguido á la afligida niña, recogió á ésta en sus brazos. Evangelina clavó en aquel grupo desolado una mirada de ternura y de dolor, y subió al coche acompañada de un juez y de un escribano, que iban á depositarla en un convento de Pamplona hasta el día de su casamiento.

Cuando el coche, próximo á desaparecer, salía de la aldea, doña Catalina y sus hijos alzaron al cielo una mirada ardiente, como para recomendarle la suerte de la ingrata que les abandonaba.

—¡Dios mío, protegedla!—exclamó la señora de Sandoval.

—¡Virgen Santísima, que vuelva pronto!—gritó Adoración llorando y elevando al cielo sus manos juntas con un ademán sublime de inocente y fervoroso ruego.

—¡Adiós para siempre, sueños de felicidad!—murmuró Víctor doblando su cabeza sobre el pecho con amargo y profundo abatimiento.

Y el carruaje se perdió entre las tinieblas de la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

PARTE SEGUNDA

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La dama del gran mundo.

.....
¡Ay, que en la sociedad
cada hora abre una tumba
y hace verter una lagrimal!
(CHATEAUBRIAND.—Renato.)

I

En un suntuoso gabinete, y á eso de las diez de una noche de Enero de 1844, se encontraban un lacayo vestido con calzón corto, media blanca de seda, zapato con hebilla y amplio casacón azul galoneado de oro, y una linda joven que, á juzgar por la elegancia de su traje, parecía una gran señora, pero que hasta el observador más topo hubiera dicho que era una camarera al reparar en el pequeño delantal que llevaba, de raso color de cereza, guarnecido de encaje negro.

Nada más hermoso y aristocrático que aquel gabinete; las paredes, vestidas de una tela de raso azul de cielo, recamada de diminutas flores, de un azul más oscuro, armonizaban perfectamente con la sillería del mismo color y con la

alfombra blanca con flores azules; de igual género eran las cortinas, que caían recogidas con gruesos cordones delante del balcón, y el pesado *portiere* que cubría la puerta.

Una soberbia luna de Venecia, engastada en un grandioso marco de nácar y plata, y colocada sobre la chimenea de mármol blanco, dejaba aún sitio bastante para una multitud de preciosos juguetes de China, laca y filigrana.

Delante del espejo se veían dos magníficos candelabros de plata, cuyas bujías encendía el lacayo á la luz de otra que llevaba en la mano; la camarera se hallaba hundida cómodamente en un sillón, que ocupaba uno de los ángulos de la chimenea, donde ardía un alegre y abundante fuego.

Era linda, coqueta y avispada; es decir, el tipo de la camarera de una dama de gran tono; llevaba un vestido de seda listado, color de naranja y negro; un ancho cuello bordado, mangas correspondientes y el gracioso delantalillo de que ya hemos hecho mención; sus cabellos rubios estaban peinados en bandos y adornados con dos grandes lazos de terciopelo negro.

El lacayo tenía ese aire hinchado é insolente de los criados de casa grande; era alto, grueso, y el encendido color de su rostro resaltaba con la blancura de su camisa y de su corbata, alta y almidonada como un cartón.

—Vamos, vamos, Paulina, muévase usted de ese sillón—dijo cuando empezó á encender la penúltima bujía; el señor va á venir, y además tiene usted que ir á preparar el tocador de la señora.

—¿A venir?—exclamó la joven soltando una carcajada; si espera al señor conde, Andrés, ya puede usted echarse á dormir hasta que amanezca.

—Digo que el señor conde va á venir á buscar á la señora para ir al baile de la embajada de Francia.

—¡Pues será cosa nueva que ahora salgan juntos cuando hace tanto tiempo que cada uno se va por su lado!... A los seis meses de casados se declararon los señores en un estado de completa independencia, y desde entonces hacen los dos lo que mejor les parece, sin pedirse cuenta de sus acciones. ¡Ay, por desgracia, lo que mejor ha parecido á la señora ha sido encerrarse en casa y morir de tristeza!

—Y yo digo—repuso Andrés—que á todas esas señoras que las da por hacerse las mogigatas, por rezar y por no disfrutar de los bienes que Dios las da con mano larga, se las está muy bien el abandono de sus maridos y el que éstos vayan á buscar en casa ajena la alegría que no pueden encontrar en la suya.

—Calle, Andrés, calle usted—exclamó Pauli-

na, cuya risueña fisonomía se entristeció de repente; no sabe usted, como yo, la vida que lleva el señor conde.

—Usted, Paulina, cree á ojos cerrados todo cuanto le dice ese fatuo de Roberto, que hace alarde de saber todas sus acciones sólo porque es ayuda de cámara del señor.

—Roberto no dice á nadie una palabra más que á mí, y eso porque yo... ya sabe usted...

—Sí, ya sé que es usted su novia, y que...

—Pues bien—dijo Paulina cortando de pronto la palabra á Andrés;—de todos modos, yo le aseguro á usted, para que no la culpe más, que la señora es un ángel, que el señor conde pasa las noches jugando, y que ya ha puesto sobre un tapete verde la inmensa fortuna de la señora; que transcurren días y semanas sin que vea á la condesa, porque siempre come fuera ó en su cuarto con sus amigos, y que durante la última enfermedad de la señora, de la cual apenas está convaleciente, ni se ha quedado á velarla una sola noche ni ha entrado siquiera en su gabinete á informarse por sí mismo, como debía, de su salud; esto nadie me lo ha contado, porque lo he visto yo.

—¡Pero si ella es tan triste! Jamás altera el sonido, dulce como una flauta, de su voz, ni pide nada; si se sonríe alguna vez, su sonrisa es tan melancólica que hace más daño que el llanto; si

toca el piano se la caen las lágrimas... vamos, una mujer así es insoportable, no digo á los ojos del señor conde, que es muy aficionado al movimiento y á la alegría, sino á los míos, y eso que yo tengo ciertas ideas de tranquilidad y de...

—¡Ay!, pero Andrés, ¿qué quiere usted que haga la condesa cuando es tan infeliz? ¿No ha visto morir uno tras otro á sus dos hijos? ¿No está olvidada, casi abandonada de su esposo? ¿No la ve usted siempre sola, porque hasta la sociedad desdeña su tristeza? ¡Vamos, si no hay en todo Madrid una mujer más desgraciada!

—Y, sin embargo—dijo Andrés, que se había quedado meditabundo;—era rica y es hermosa como un ángel... ¿qué la faltaba, pues, para ser dichosa? Si han muerto sus hijos, otros padres los pierden también y no se desconsuelan así... y luego, para verlos llegar á menos... porque, en verdad, se comprende que esta casa está arruinada. A mí ya me deben un año de salarios.

—A mí me deben más, y esto es lo de menos monta; todos los días están viniendo de casa de Lhardy, del café Suizo y de todos los teatros á pedir los abonos de no sé cuanto tiempo; pues ahí es nada, ¡el tapicero, el sastre, el sombrerero y el perfumista... hacen una senda de ir y venir!

—Mas, ¿para dónde y para quién son los muebles, cuyo valor reclama el tapicero? Porque en esta casa no han entrado.

— ¡Quién sabe para dónde serán! Roberto, aunque debe saberlo, nada me ha dicho de eso; pero me voy á prevenir el tocador de la señora. ¡Ay, Dios mío, cuando pienso que hace ya tres horas que permanece encerrada en el cuarto de sus hijos!...

— En fin, dejemos correr el tiempo—dijo Andrés disponiéndose á salir;—por mi parte, si antes de un mes no me pagan cito en justicia al señor, porque yo... ¡qué demontre!... si sirvo no es por afición, es porque no tengo dinero; si lo tuviera... lejos de ser lacayo buscaría criados que me pusieran los pantalones y me sacaran las botas, y...

Paulina lanzó un suspiro y salió del gabinete con Andrés, que seguía refunfuñando entre dientes.

II

Un instante después entró Evangelina en la estancia que acabamos de describir en el artículo anterior; llevaba una bata de cachemira azul bordada con trencillas negras de seda, que permitía ver debajo otra blanca interior, ricamente bordada y guarnecida de encajes. Sus espesos cabellos rubios, sencillamente recogidos, no ostentaban adorno alguno, y sus piececillos esta-

ban abrigados en unas chinelas de terciopelo azul como la bata.

Dejóse caer con desaliento en el sillón colocado á la izquierda de la chimenea, y fijó sus ojos, enrojecidos de llorar, en la brillante lumbre, apoyando su mano en la mejilla y el codo en el brazo del sillón.

Como había dicho Paulina, la condesa venía de la habitación que habían ocupado sus hijos y en la cual iba á encerrarse cada día tres ó cuatro horas; la desdichada joven, al perder todas las ilusiones que la habían unido al conde, se había acogido al amor de sus hijos como á su único consuelo; dos años tenía el uno y tres el otro cuando una fiebre maligna arrebató á entrambos, y en el término de un mes, del regazo de su madre.

La infeliz sintió que su corazón se despedazaba en su pecho y que el mundo entero se cubría á sus ojos de un denso crespón; durante muchos meses permaneció encerrada en el aposento que habían ocupado, porque así como otras madres que han perdido á sus hijos huyen de todo cuanto puede recordárselos, Evangelina, por el contrario, buscaba en su dolor y en su aislamiento cuanto pudiera traerlos á su memoria.

La venda fatal que la cegó hasta el extremo de abandonar á la familia protectora que había amparado su desvalida infancia había caído de

sus ojos harto pronto para su desventura; no hacía dos meses que estaba casada cuando vió claramente que sólo su inmensa fortuna movió á Octavio á hacerla condesa, porque entonces empezó el conde á mostrarse con ella indiferente y frío, á pasar los días enteros sin verla, y poco después tuvo ocasión de convencerse Evangelina de que su marido volvía á su casa cuando la luz del alba reemplazaba á las tinieblas de la noche.

El nacimiento de su primer hijo fué completamente indiferente al conde. Habiendo Evangelina manifestado deseos de criarle, no opuso á ello ninguna objeción, ni aun quizás oyó las palabras que pronunció; pero la salud de la joven se quebrantó, haciéndose á la vez ridícula á los ojos de las damas de gran tono, que miran como una cosa degradante el sagrado deber de criar á sus hijos.

Las nuevas obligaciones que su condición de madre le imponía, retuvieron á Evangelina en su casa, y su esposo aprovechó muy contento esta ocasión para emanciparse enteramente de su lado; su antigua pasión al juego había vuelto á renacer con más fuerza que nunca, y el dote que Evangelina aportó en metálico, tan religiosamente conservado por su tía, pasó muy pronto á manos de los más desenfadados tahures.

Perdida su última onza en un desgraciado

entrés, procedió el conde acto continuo á la venta de la quinta y de las tierras de Navarra, y consumido su importe en menos de un año, enajenó una de las dos casas que la joven poseía en Madrid, quedando por vender únicamente ya la que habitaban, situada junto al Prado, en la calle de Atocha, y más grande y suntuosa que la otra.

La condesa soportó con angélica mansedumbre la destrucción de su fortuna. Bien hubiera querido su esposo ocultársela al principio, pero como para la venta de las fincas era indispensable su firma, no tuvo reparo en pedírsela, ni tampoco en darla á entender al mismo tiempo que no debía replicar una palabra.

¡Feliz hubiera sido Evangelina si aun á tanto precio hubiera podido comprar la paz doméstica y la ternura de su marido! Pero lejos de eso, cada día le veía volver más iracundo, más duro é intratable. Si Evangelina se acercaba al conde y le dirigía algunas frases llenas de dulzura, la volvía éste la espalda sin contestar; si al ver sus accesos coléricos lloraba amedrentada, la insultaba con mil apodosos ofensivos, entre los que no se deseudaba en mezclar la palabra *aldeana*; si la encontraba bordando, la preguntaba que cuándo dejaría sus hábitos de incorregible lugareña por los de la alta clase, á la cual se había dignado elevarla; si la sorprendía rezando, se reía á

carcajadas de sus *ridículas beaterías*, como él las llamaba.

Para aquel hombre, gastado por el abuso de todos los placeres, depravado por la sociedad de mujeres sin pudor, no tenían encanto alguno la belleza, la gracia, la dulzura de la pobre Evangelina. La sencillez de sus gustos le irritaba, la modestia de sus ademanes y de sus palabras en presencia de sus calaveras amigos le humillaba cruelmente; y es seguro que, á ser la joven coqueta, atrevida y *mujer de moda*, en la verdadera acepción de esta palabra, hubiérala concedido alguna consideración por temor al escándalo, ya que en su corazón seco no podía tener entrada el amor.

Sin embargo, Evangelina le amaba con pasión; en su cándida ignorancia creía que aquella vida, que aquel desorden, era muy propio y natural de un gran señor, y que las groseras chanzas y los duros modales de su marido eran efecto de su carácter algo violento. Distraíase de los pesares que esto la causaba ejerciendo obras de caridad, cuidando del único hijo que entonces tenía y conversando con el joven doctor Luis, que continuaba siendo el médico de la casa y que compadecía profundamente la suerte de la desdichada condesa.

Ésta acabó por fin de criar á su hijo, y un año después Dios la concedió otro; mas para ama-

mantarle hubo necesidad de buscar una nodriza, porque la salud de Evangelina estaba horrosamente destruída.

El nacimiento de este segundo niño fué para el conde tan indiferente como el del primero, y casi podría asegurarse que aun después de haber cumplido dos años todavía no podía decir cuál era el color de sus ojos.

Cuando murieron los dos niños, conoció Evangelina quién era el hombre al cual se había unido; el día que voló al cielo el primero se encontraba el conde de caza, y al volver y recibir la noticia de boca de Roberto se encogió de hombros y comenzó á cantar el aria de *Polion*, que llegó á los oídos de la desgraciada madre en medio de los sollozos convulsivos que desgarraban su pecho.

Durante los días que mediaron entre la muerte de sus dos hijos, Evangelina no salió de la habitación que ellos ocupaban; recibió en sus labios el último suspiro del segundo, como había recibido el postrer aliento del mayor; pálida y yerta, pero animada de un valor sobrenatural, asistió á la agonía de entrambos, sin permitir que nadie la robase un solo beso, una sola mirada; mas cuando el segundo niño cerró para siempre los ojos á la luz, como su hermano, Evangelina cayó desplomada en el suelo, rendida á un desmayo mortal.

Al mismo tiempo el conde subía en su cupé y se dirigía al trote airoso de sus briosas yeguas todas á una brillante *soirée*.

Cuando volvió en sí Evangelina se encontró en su lecho; el doctor Luis tenía entre las suyas una de sus manos, y á poca distancia un anciano preparaba sobre un velador una bebida calmante; la joven pensó que su razón se había extraviado al fijar sus ojos en aquel hombre, pues creyó reconocer en él á don Anselmo, el amigo de su niñez, el honrado padre de Luis, á quien había dejado en su aldea.

Mas al aproximársele con la bebida, al sentirse abrazar por él y oír que la llamaba, como otras veces, *su querida niña*, no le quedó ya duda, y las lágrimas que derramó en su seno fueron las primeras consoladoras que vertió desde la enfermedad de sus dos hijos.

En cuanto al buen boticario, no se cansaba de mirarla y de prestarla consuelos; Luis, al comprender que el fin del último hijo de Evangelina estaba muy cercano, y compadecido del aislamiento y soledad en que su muerte debía dejar á la pobre joven, llamó á su padre para que su presencia y los serenos recuerdos que debía despertar en el ánimo de la condesa fuesen un lenitivo al dolor que podía poner en riesgo su vida.

La inconsolable madre sufrió, en efecto, una larga y penosa enfermedad. Su marido, no obs-

tante, ni siquiera aparentó aperebirse de ello, y siguió entregado á su vida disipada.

Luis y su padre rescataron la vida de Evangelina; pero el amor que ésta había profesado á su esposo murió en su corazón, porque era demasiado noble para sentir otra cosa que desprecio hacia el sér degradado al cual había unido su destino.

La condesa se informó con ansia de todo lo concerniente á su familia. Víctor había marchado á París; doña Catalina y Adoración, que ya contaba diez y ocho años, seguían en Aybar con el tío Francisco y la tía Damiana; pero la señora de Sandoval tenía el propósito de pasar á establecerse en Madrid antes de concluirse el invierno, por exigirlo así el porvenir de su hija.

Evangelina escuchó con ansia cuanto concernía á su tía y á sus primos. Al oír pintar al buen don Anselmo la belleza de Adoración, su lánguido rostro se animó con una expresión de dicha, pero rompió á llorar amargamente cuando la dijo que no había podido informar de su suerte á doña Catalina, porque había prohibido que la nombrasen á su sobrina.

—En cambio—añadió el anciano para tranquilizar en lo posible á la condesa—me desquitó con Adoración, á la cual escribo largas y frecuentes cartas que sólo hablan de mi querida niña Evangelina.

III

La condesa de San Telmo permaneció largo rato en la actitud melancólica en que quedó en el sillón mientras nos hemos detenido á explicar, aunque muy someramente, todos los dolores que habían lacerado su corazón desde que dejó su feliz aldea.

Dieron las once en el reloj de San Juan de Dios, y un momento después paró un coche á la puerta del palacio del conde de San Telmo; el portero agitó con fuerza el cordón de una campana, y acto continuo acudió Roberto presuroso á abrir á su señor la puerta de la escalera.

No tardó en oírse la voz melodiosa del conde que cantaba una de sus arietas favoritas; arrojó á su ayuda de cámara el gabán y el sombrero y entró en el gabinete, yendo á tenderse en el diván, sobre el cual comenzó á llevar con los pies el compás de su canción.

Sólo entonces reparó en su esposa que, sumergida de nuevo en sus cavilaciones, había vuelto á su postura triste y doliente.

—¡Hola! ¿Estabas ahí, querida?—dijo Octavio sin mirarla casi.—¿Supongo que ya estarás vestida?

—¿Para qué?—preguntó la condesa algo admirada.

—¡Toma! ¡Ahora salimos con eso!... Para ir conmigo á la embajada de Francia.

—Nada me habías dicho, Octavio.

—¿Cómo no, si ya lo saben *todos mis criados?*... ¡Ah, por vida mía, apuesto que esta noche tienen los bribones un solemne té!

—Aun cuando lo sepan todos tus criados yo no sabía nada hasta ahora—observó dulcemente la condesa.

—¡Bah! Es igual. Tal vez se lo diría yo á Roberto y habré vivido después en la creencia de que te había hablado de ello; pero vamos, no pierdas tiempo y corre á vestirme, porque son las once.

—No tengo nada preparado; como ignoraba...

—¡Dale! Ponte cualquiera vestido; por ejemplo, el de gasa blanco guarnecido de perlas.

El conde se detuvo, y dándose una palmada en la frente, prosiguió con tono duro é irritado:

—¡Ah! No te pongas ese; no me acordaba de que lo llevó Roberto ayer mañana á cierta persona para reintegrarle de 20.000 reales que le debía; y á propósito, tampoco puedes ponerte diamantes, Evangelina; hace poco me he visto en la precisión de llevar al Monte de Piedad el cofrecito de tus joyas para pagar á lord Williams 50.000 reales que me ganó anoche.

La dulce sonrisa de la condesa no desapareció de sus labios al escuchar las palabras de su

marido; no obstante, la idea de que la ruina de éste debía estar muy próxima cuando ya jugaba sus vestidos y sus joyas, traspasó su corazón.

—Entonces —dijo apaciblemente— me pondré el vestido de gasa azul y flores blancas en la cabeza; ¿te parece bien?

—Divinamente... y que pensándolo bien, en la sencillez está el buen gusto; pero anda, date prisa...

—¿No cenas?

—Vengo de hacerlo en casa de Lhardy.

En efecto, el conde y lord Williams acababan de cenarse el resto de los diamantes de Evangelina que quedó en poder del primero después de pagar la deuda que había contraído con el segundo.

Evangelina salió del gabinete y el conde la siguió con una mirada de desprecio.

—¡Es tonta!—dijo á media voz.—Por nada se altera ni nada la hace mal; otra, en su lugar, se hubiera enfurecido... ¡y á mí me hubiera halagado su cólera!... Sí... sí... ¡dichoso el que tiene una mujer que le hace sentir!...

Y el conde se dirigió á su cuarto de vestir, donde ya le esperaba Roberto.

IV

Media hora después entraba Octavio en el tocador de su esposa, que daba la última mano á su adorno delante de un soberbio espejo de cuerpo entero.

A pesar de la tinta de tristeza difundida por su semblante, Evangelina estaba encantadora. Un vestido de gasa azul de cielo sobre otro de raso blanco, de escote bajo y mangas cortas, hacía resaltar la diáfana blancura de su cara; la segunda falda del vestido estaba recogida con ramos de jazmín y rosas blancas, y otro de las mismas flores, aunque mucho mayor, adornaba su pecho.

Sus cabellos dorados, recogidos en gruesas trenzas, ostentaban por todo adorno una rosa blanca medio oculta entre algunas hojas de verde brillante como la esmeralda.

El conde, al entrar, encendió un cigarro en uno de los candelabros que alumbraban el tocador, y se arrellanó en un sillón; llevaba pantalón y frac negro, chaleco y corbata blanca, y en su azulada camisa de batista lucía una riquísima botonadura de diamantes, que, egoísta, como lo son casi todos los hombres, había librado del juego ó del Monte de Piedad, mientras no había

vacilado en despojar á la condesa de todas sus joyas.

—¿Traigo los diamantes de la señora?—preguntó Paulina, que, ayudada de otra joven, vestía á Evangelina.

—No—contestó ésta, sin poder evitar que su fisonomía se cubriese de una nube de tristeza; no me pongo hoy diamantes.

—Pero debo advertir á la señora que no lleva pendientes todavía—se atrevió á observar Paulina.

Un subido carmín coloreó el rostro pálido de la condesa al pensar en el embarazo en que iba á encontrarse delante de sus doncellas; la noche anterior había dejado los pendientes de esmeraldas que habitualmente llevaba en el cofrecito de nácar donde guardaba sus pedrerías, y habían corrido la propia suerte que todas sus alhajas; durante algunos instantes la infeliz joven dobló la frente y permaneció silenciosa.

Una idea repentina la hizo alzar la cabeza y dió animación á su rostro; tomó entonces una bujía y salió del tocador, dirigiéndose presurosa al cuarto que fué de sus hijos.

Aquel aposento estaba amueblado con sencillez y elegancia; los muebles eran blancos como las colgaduras y la alfombra que cubría el pavimento.

Algunos cuadros, que representaban escenas

de la niñez, adornaban las paredes, y dos papeleras de limonero ocupaban los dos lados del balcón.

Evangelina sacó de su pecho una llavecita dorada y abrió la de la derecha, clavando sus ojos con profunda tristeza en el fondo del cajón.

Había en él vestidos de niño de todas clases y hechuras; un sonajero de marfil, rodeado de cascabeles de plata; un perrito de cartón; un tambor diminuto y algunos otros juguetes infantiles.

La condesa, llorando, apoyó sus labios en aquellos objetos, y luego cerró el cajón y abrió la parte superior de la papelera.

Una gran caja de cartón fué lo primero que se presentó á su vista: Evangelina la abrió y sacó de ella con religioso cuidado tres retratos hechos á lápiz.

Uno de ellos representaba las facciones de doña Catalina; otro las de Adoración, y el tercero las de Víctor.

La pobre Evangelina tuvo todavía para cada uno de ellos un beso y una lágrima; en seguida los colocó respetuosamente á su derecha, y buscó en el fondo de la gran caja de cartón.

Poco á poco fueron saliendo:

Un ramillete de flores secas.

Una cinta de color de rosa que su corderillo había llevado al cuello.